

MI NANA EL VIOLINISTA

Yo intentaba mirarlo a los ojos, una y otra vez, con la esperanza de que me transmitieran algo de tranquilidad. Deseaba más que nada en el mundo que de ellos brotara algo de cariño, pero las pupilas de tío Samir eran huidizas y nunca miraban a las mías. Vagaban por todas partes, como buscando perdidas algo que las vislumbraran, y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Dejó la bandeja encima de la mesa con dos trozos de pan y comprendo, sin palabras, que es la primera vez en cuatro meses que no quiere compartir conmigo la mesa del salón, entonces balbuceo unos segundos y le pregunto si sabe algo de mi madre y de mis hermanas y él, frío como el hielo, encoge sus hombros, como de costumbre, y me hace un gesto negativo con la cabeza. Al salir de mi cuarto da un fuerte portazo. En ese momento cierro los ojos apretando los puños y de un golpe lanzo la bandeja contra la pared, cayendo la comida al suelo y haciéndose mil pedazos.

Me siento en el filo de la cama sin saber qué hacer y miro a través de la ventana el cielo, te necesito tanto mamá... Digo en voz baja.

Había oscurecido por completo y un puñado de estrellas titilaban en el infinito cielo, mis ojos se volvían cada vez más pesados y mi estómago cada vez más pequeño. Rugía como si tuviera dentro un león hambriento que me arañaba las entrañas. Un fuerte dolor me presionaba mis esqueléticas costillas cuando caí en la cuenta de que mi cena estaba esparcida por el suelo. Me puse de rodillas, arrepintiéndome de lo que hice un rato antes y lentamente voy cogiendo cada miga de pan que consigo encontrar. Estoy muy cansado y dejo caer mi cuerpo completamente sobre el filo de la ventana mientras lloro desconsoladamente cuando recuerdo la nana que mi madre me cantaba.

Duérmete pequeño,
duérmete mi vida,
la Luna te quiere,
la Luna te cuida...

Y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Después de un tiempo que no supe calcular, despierto envuelto en un frío sudor, con la sensación de no haber descansado nada, como si mi mente no me hubiese dado tregua. Siento tanto frío que de vez en cuando, tiemblo con cada escalofrío y tengo que sujetarme las piernas para acurrucarme. Entonces, escucho que ha empezado a

llover y al girarme veo que las gotas de lluvia caen demasiado deprisa y resbalan por el vidrio de la ventana creando una opaca cortina a través de la cual no puedo ver nada con claridad, todo me parece difuso. Todo es tan diferente...

El sonido de una armónica me sorprende y salgo de mi habitación a ver de dónde viene aqueleco. En el salón están Mohamed, el amigo de tío Samir y el viejo doctor Assim que está tocando una preciosa melodía. Al escucharme, se giran hacia mí y el viejo me esboza una leve sonrisa mientras salen apresuradamente. Mi tío me pide que me acerque y es cuando veo que encima de la mesa hay muchas armas, de formas diferentes y de muchos tamaños, me asusto y un desagradable calambre recorre mi nuca y me obliga a dar un paso hacia atrás. Mi tío me coge de un hombro y me susurra al oído que no debo temer nada, que debo entender lo que ocurre porque ya soy un hombrecito, mientras me sujeta la mano con brusquedad y me extiende los dedos para ponerme justo en medio una gran pistola negra. En ese momento es cuando siento más miedo aún que antes y mis dedos se vuelven rígidos y entumecidos como piedras y dejan caer la pistola sobre mis pies. Él me empuja con furia y me llama necio mientras me grita que me ocurrirá como a mi padre que, por no llevar armas, por no querer defenderse, al final...

Me tapo los oídos con mis manos, no quiero escucharlo, no lo soporto más y salgo corriendo por la puerta, mis lágrimas caen desconsoladamente mientras pienso que el alma de mi tío está llena de odio y rencor y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Habían transcurrido unas horas y no podía soportar más aquella lluvia fina y menuda que me había calado hasta los huesos, entonces, decido volver a casa.

Cuando me voy acercando veo algunos camiones muy grandes, con muchos hombres que van armados y visten con unos trajes verdes oscuros y grises. Me imagino que son militares porque llevan sobre sus espaldas unas grandes metralletas. Me asusto mucho y sin saber qué hacer, me escondo detrás de unos arbustos y observo con cautela a través de la ventana de la casa. Veo a unos hombres uniformados que están removiendo todos los muebles y lanzan sin piedad nuestra ropa e incluso nuestros colchones vuelan por los aires; en ese momento los cuatro militares que ponían patas arriba nuestro hogar, salen gritando muy alto y empujando por los brazos a mi tío, creo que él intuye que ando cerca porque grita que busque al viejo Assim, búscalo, búscalo, dice sin parar, mientras su voz se pierde cuando lo meten en

uncamión y salen a gran velocidad dejando una cortina de arena y polvo la cual me produce una nerviosa e incontrolable tos.

Salgo corriendo a la casa del viejo doctor, haciendo caso a las palabras de mi tío y veo la puerta que está totalmente arrancada de cuajo, todo está tirado por el suelo, los muebles están destrozados y la ropa hecha añicos cubre todo el pasillo, llamo al doctor, pero nadie me contesta.

Cuando llego al salón veo al señor Assim que permanece sentado en una silla con su armónica plateada en la mano, inmóvil y con la mirada perdida en la nada. Pero con una pasmosa tranquilidad que sorprende porque parece que ha detenido el tiempo. Al acercarme, me sonrío y da un gran suspiro, dando la sensación de que me estaba esperando. Con un tono de voz apagado y en momentos, entrecortado, me dice que debo ir a la cocina y retirar la mesa que hay justo en medio, levantar algunas baldosas y bajar por una trampilla para reunirme allí con otras familias que están escondidas desde la noche anterior. Intenta cerrar sus ojos, pero se esfuerza por no hacerlo y me pide que no me preocupe ya que la señora Jalila cuidará de mí, concluye diciendo que debemos de huir rápidamente y no mirar hacia atrás nunca.

Las lágrimas enturbian mis ojos al comprobar que de la espalda de Assim brota un chorro de sangre que no había visto desde lejos y, justo en ese momento, una exhalación profunda sale de su garganta y cae desplomado en el suelo dando un fuerte y sonoro golpe. Me arrodillo junto a él, temblando, y mi mano recorre sus flacos brazos huesudos, parecen tan frágiles... Su piel es casi transparente y sus venas azuladas y abultadas recorren desde sus muñecas hasta los codos. Un fino cordón de sangre mancha un orificio de su nariz y mis dedos palpitantes cierran delicadamente aquellos viejos párpados. En ese momento me dejo caer al lado de él. No entiendo porque tenemos que huir, porque tengo que dejar atrás mi casa, mi colegio, quiero seguir yendo a jugar con mis amigos, quiero seguir dibujando, quiero que mi madre esté conmigo ahora y nunca se separe de mí, no entiendo nada. Y no puedo dejar de llorar mientras le canto.

Duérmete pequeño,

Duérmete mi vida,

La Luna te quiere,

La Luna te cuida.

Y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

A la mañana siguiente cuando los primeros rayos despuntaban el día, emprendimos la marcha. La señora Jalila me echó sobre mis hombros una vieja manta y me dijo que debía cuidar durante nuestro viaje de su hijo Asraf, que apenas tenía tres años. Un largo camino nos esperaba por delante antes de llegar al puerto para coger el barco. Aún recuerdo el peor día de aquél caótico viaje. Una tarde cuando ya el Sol no picaba en la cabeza y después de caminar durante más de cinco horas, un fuerte hedor invadió el ambiente y tuve que parar para sentarme sobre una piedra, el pequeño Asraf no me quería soltar el pantalón ni incluso cuando comencé a vomitar desesperadamente. Casi pierdo el conocimiento, el estómago se me revolvió por el fuerte olor a putrefacción y la señora Jalila se acercó a mí para ayudarme y me explicó que estábamos pasando por una fosa común de cadáveres, lo que me dejó perplejo y con el cuerpo todavía más hecho polvo.

Sacó de su bolsa un gran trozo de pan y me lo dio para que lo tomara cuando llegara la noche. Mientras me abrazaba, ella me decía al oído, que era un chico muy responsable y que lo estaba haciendo muy bien, que no me preocupara porque pronto encontraría a mi madre. La señora Jalila no lo sabe, pero ese día alimentó mi corazón con su abrazo y eso nunca lo podré olvidar.

Por la noche buscamos un lugar seguro para dormir y cuando extendí mi saco y puse encima la vieja manta para protegerme de la humedad, me tumbé y respiré profundamente mirando como todas las noches el cielo. Un fuerte golpe me sacudió la pierna, al principio me asusté, y levanté la cabeza sobresaltado, pero cuando me incorporé, vi que era el pequeño Asraf que se tumbaba encima de mi pecho buscando algo de calor. Saqué el trozo de pan de mi bolsillo y sus ojos se clavaron en los míos fijamente, de una manera casi mecánica y desesperada abrió su boca como un polluelo cuando espera su comida. Mi mano apretaba con fuerza el pan. Yo no quería darle mi comida, no era justo, tenía tanta hambre como él, y no estaba dispuesto a compartir nada, pero él extendió sus manos y me arrebató el pan en menos de un segundo delante de mi mirada. No me dio tiempo a reaccionar, mientras ahora el que abría la boca con la mandíbula descolgada era yo. Un gran nudo en mi garganta me oprimía la respiración mientras mis ojos comenzaban a llorar desconsoladamente cuando le cantaba.

Duérmete pequeño,

Duérmete mi vida,

La Luna te quiere,

La Luna te cuida.

Y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Después de dieciséis días de angustioso viaje llegamos al puerto, todos nos abrazamos por fin, nuestro calvario parecía que empezaba a terminar. Esa tarde me quité de encima un gran peso porque ya no tendría que caminar horas y horas, estaba agotado y exhausto, sin fuerzas y si hubiese tenido que dar un paso más, me hubiese desplomado en el camino, también, porque ya no tendría que esconderme de Asraf para comer. Y, sobre todo, porque desde ese día, la señora Jalila se encargaría del pequeño, yo lo quería con locura, pero a veces, se ponía tan insoportable, que no sabía qué hacer para calmarlo.

El buque era mucho más grande de lo que parecía. Al subir la rampa descubrí una mezcla de olores nuevos para mí. La cubierta crujía al pasar y había mucha gente por todos lados, cuando miraba de un lado para otro y veía tanta agua alrededor, me sentía muy mareado. Esa tarde, nos dijeron que aquel inmenso buque era el Aquarius, que nos llevaría a Italia y allí podríamos desembarcar. La primera noche, las mujeres bajaron a dormir abajo y los jóvenes y los hombres nos quedamos en la cubierta.

Un murmullo incesante de gente se escuchó durante toda la noche, pero yo en algún momento, perdí el conocimiento y caí en un profundo sueño. A la mañana siguiente algunos voluntarios se acercaron a nosotros a darnos bebida caliente y nos comunicaron que al final y después de intentarlo varias veces, el gobierno de Italia se negaba a que desembarcáramos en su puerto, nos enviaban a Malta. La gente enfadada levantaba la voz y gesticulaban con sus manos, incluso se escuchaban llantos, sinceramente, nos pusimos muy nerviosos y fue una gran decepción para todos. Recuerdo como un joven intentó arrojarse al mar, ante la desesperación, y unos hombres se lo impidieron, fueron unos momentos muy desconcertantes. Esa imagen quedará grabada para siempre en las retinas de los que allí estábamos. Y esto me hacía sentir tremendamente infeliz.

Cuando el buque se encontraba a pocos kilómetros del puerto de Malta, escuchamos el altavoz del buque, el capitán nos comunicaba que, ante su incertidumbre y asombro, no nos permitían atracar en Malta. Ya eran dos noches dando tumbos en pleno mar, sin saber que sería de nuestras vidas. El viaje se tornaba cada vez más oscuro igual que nuestro futuro.

Decidí dar un paseo por la cubierta para relajarme y mientras caminaba con la cabeza agachada a lo lejos oí una canción, a la cual no di ninguna importancia hasta que me aproximé unos metros.

Se trataba de una nana, mi corazón en ese momento se estremeció y mi pulso comenzó a acelerarse estrepitosamente mientras mis labios terminaban la última estrofa. Me quedé paralizado, pensando que mi mente me jugaba una mala pasada, y que en realidad lo que escuché fue solo fruto de mi imaginación. Después de unos minutos, seguía inmóvil en el mismo sitio, cuando el canto se volvió a escuchar y salí corriendo sin pensarlo dos veces, en el fondo al lado de un gran grupo de mujeres, estaba mi madre sentada en el suelo, cantando mi nana, con mis hermanas alrededor. Grité con todas las fuerzas que me quedaban y mi madre se puso inmediatamente de pie. Nos fundimos en uno, me besaba la cara, me besaba las manos y me tocaba el cabello, consternada, como si creyese aún que estaba junto a ella y yo simplemente, dejaba caer mi cuerpo en sus brazos con un perturbador y ruidoso llanto.

Ya sabíamos al día siguiente que España se comprometía con nosotros y podríamos atracar allí, esa fue la mejor noticia para todos. Siempre hay personas maravillosas con buen corazón, decía mi madre mientras mis hermanas y yo nos abrazábamos. Llegamos al mediodía al puerto de Valencia y desde allí nos atendieron en varios centros de acogida. A nosotros, junto con doce personas más nos llevaron a un pueblo de Sevilla donde actualmente vivimos y donde hoy escribo este pequeño relato de mi viaje, para participar en un concurso literario de Dos Hermanas. Son trozos de mi historia, son retazos de mi vida. Me imagino que, como muchas otras experiencias, de tantos niños y jóvenes que por motivos siempre incomprensibles tenemos que huir de nuestras vidas, de nuestros hogares, por las malditas y absurdas guerras; para decirles que al final todo puede cambiar para mejor, y tener una vida llena de amor y esperanza, con personas extraordinarias a nuestro lado que nos ayudan y nos quieren. Con el corazón en la mano digo que, esto me hace sentir tremendamente **FELIZ**.